

Poemas

Jaan Kaplinski

De un país remoto, casi irreal para muchos de nosotros, nos llegan estos poemas. Jaan Kaplinski no los envió en su lengua original sino en una versión que él mismo hizo en inglés, tal vez descontando que en estas latitudes no sería fácil encontrar traductor.

Por pedido expreso de su autor no brindaremos, como es costumbre en Poesía y Poética, los poemas en la lengua de la que fueron traducidos.

El viento no sopla. El viento es el soplo.
¿Acaso hay viento que no sople, sol que no brille,
río que no corra, tiempo que no fluya?
El tiempo es el fluir. Aunque ignoremos
qué es lo que fluye. ¿O habrá quizá
un tiempo aguardando, detenido como un lago
que un dique retiene? ¿Existe un fuego que
no abraza, que ni siquiera humee?
¿Un fuego frío? ¿Un relámpago que aún no haya
irrupido?
Un pensamiento todavía no pensado? Una vida
aún no vivida y que tal vez perdure para siempre,
un espacio vacío, un agujero negro en una seca
escoba de hechicera,
una ola petrificada antes de alcanzar la playa y
que ahora
mira mis ojos desde la mesa
y que en el sueño golpea mi corazón.

La silla en la que estás sentado, la flor en el alféizar
la hoja de papel sobre la mesa, el lápiz en tu mano,
la propia mano, tú, tú mismo –todo
se desvanece, se funde, pierde contornos,
si tan solo logras verlo, seguirlo
un instante, detener tu ojo y tu mente
sin saltar hacia un lado o hacia delante. Algo existe todavía
cuando no ves nada en particular.
La distracción da a las cosas una forma definida. La atención
abre la puerta a un mundo totalmente diferente
en el que ada es por sí mismo, en el que todo está en
todo
y todo es algo distinto como yo lo sospechaba
hace ya muchos años. He escrito también sobre ello.
Igual que Gunnar Ekelôf hace cincuenta años
como hace poco descubrí.

Pienso en tu determinación: transformas la vida
en una sobria arquitectura. Piso sobre piso
te yergues. Una fila de ventanas rectangulares
refleja el ocaso. Una
en lo alto entornada
y tu alma mirando desde ahí
la oscuridad que crece
en camión, desgredado, los ojos azorados
y en la boca entrecerrada algo que no se sabe
si es llamado de auxilio o grito: "¡déjenme solo!"
o "¡no me abandonen!"

No me canso de mirar los árboles desnudos. Alamos,
abedules, tilos –todos aquellos que veo
desde mi ventana. No puedo comprender qué los hace
extraños y a un tiempo mortalmente hermosos. Debería
hacer algo con ellos, me gustaría dibujarlos,
describirlos, pero no tengo la capacidad para hacerlo.
Ni siquiera puedo describir lo que siento
sentado aquí frente a la ventana mirando las ramas
oscilantes

en la oscuridad que crece, algunas cornejas solitarias
en el viejo fresno, el abedul que se levanta entre la
pila de los leños.

Escribo sobre ellos simplemente, intento nombrarlos:
Populus, Tilia, Betula, Ulmus, Fraxinus,
como otros nombran a sus santos o leen mantras.
Y siento cierto alivio. Quizá veo incluso
que estos vástagos y ramas
este borrascoso diseño cotidiano bosquejado en negro y gris
encierra algo todavía. Como la palma de la mano.
Carácter. Destino. Futuro. Carácter del álamo.
Destino del tilo. Personalidad del abedul. Es difícil
decirlo en palabras. Probablemente no lo sea menos
sin palabras. Los mundos
de los árboles y de los hombres son muy dispares.

Sin embargo
hay algo casi humano, casi ininteligible
en esta red de ramas. Casi una escritura, un
lenguaje que yo ignoro aunque sé
que el texto escrito en él me resulta familiar
no puede ser muy distinto de lo que leemos
en un libro, en una palma o en un rostro.